

Pérez-Reverte 'lleva' su espía a París. La misión de la tercera entrega del popular personaje del escritor es que no se exhiba el 'Guernica' en la Exposición de 1937. Por la novela desfilan la Dietrich, Malraux y Hemingway, quien recibe una paliza: «Tengo cuentas pendientes con él», dice el académico

CUANDO FALCÓ INTENTÓ SABOTEAR A PICASSO

POR DAVID GISTAU PARÍS

Ante el edificio de tres plantas del 7, rue des Grands-Augustins, un anciano con una gorra calada se ha quedado encerrado en el patio porque no conoce el código de apertura de la reja. Al carecer los presentes de las habilidades de Falcó para profanar cerraduras con una ganzúa, la operación de rescate requiere vocear a los vecinos y se resuelve, por tanto, sin la sutileza y la clandestinidad características de las novelas de espías «canónicas», en las cuales se encuadra, según dice Arturo Pérez-Reverte, *Sabotaje*, esta tercera entrega de las correrías de su despiadado y al mismo tiempo seductor

agente secreto. Uno que pasa del coito al asesinato sin emocionarse demasiado ni al amar ni al matar y sin desprenderse de la boca el *mégot* de un cigarrillo inglés.

El incidente del anciano a mediodía impide abstraerse en la contemplación del edificio que albergó el estudio de Picasso durante la concepción, por encargo de la República, del *Guernica*, cuadro que juega un papel importante en la novela a partir del mismo título, pues Picasso y no otro es el objetivo del sabotaje para tratar de impedirle contribuir con su arte a la propaganda republicana. La otra trama alude a un aviador combatiente en España y al mismo tiempo

practicante del turismo de guerra intelectual que se parece sospechosamente a André Malraux aunque el autor le haya cambiado el nombre, como a otros personajes reconocibles, para poder tomarse con ellos licencias ficticias. Sin embargo, a Marlene Dietrich no le cambia el nombre ni cuando Falcó le encasqueta un besazo de tornillo a la puerta de los servicios de un cabaret, lo cual se nos antoja una licencia descomunal, sobre todo porque no hay bofetada posterior. Bueno, sí la hay, hablaremos de ella dentro de un par de párrafos.

El estudio de Picasso estuvo ubicado en pleno Barrio Latino, cerca de Saint-Germain y de la calle Fleurus donde recibía

Gertrude Stein. Es decir, en el núcleo mismo de la Generación Perdida, cuya impronta es visible en ese París de Pérez-Reverte que parece orbitar alrededor de cafés como Les Deux Magots y donde el carisma de los novelistas americanos, muchos de los cuales ya se marcharon, ha sido sustituido por la angustia de los refugiados cuyo mundo, como el de Zweig, está desapareciendo porque proviene de la Europa en la que se ya se ha abatido la *ola parda* –Pérez-Reverte augura otra para Europa: «Lo pardo siempre está ahí»– de la que tantos todavía se sienten a salvo mientras hacen vida hedonista y cabaretera en la Ciudad de la Luz. Quienes ya combaten en

Pérez-Reverte, el lunes, ante la casa de París donde Picasso pintó el 'Guernica'.
JEOSM

España y exportan sus asesinatos y sus conspiraciones no son tan ingenuos. Fresca la lectura de *Sabotaje*, lo que más asombra es que Pérez-Reverte haya

logrado alterar la percepción que tenemos de nuestra Guerra Civil. Un conflicto del cual se narraron los paseos, la crueldad castiza, las moscas sobre los cadáveres de los civiles reventados, los milicianos en mono y alpargatas, el frío del Ebro y la vanidad de los intelectuales que no pisan el frente pero llevan

“HE CONOCIDO FALCÓS QUE TORTURAN Y SALEN UN MOMENTO A TOMARSE UN VINO”, DICE REVERTE

pistolón de atrezo de repente se convierte en una sofisticada trama de espionaje internacional donde los combatientes piden cócteles, juegan al

bacará en casinos mundanos y viven aventuras galantes. Es la Guerra Civil en *smoking*, la de los espías, la de los mensajes cifrados y las siluetas en la noche, lo cual no impide que, de vez en cuando, un charco de sangre se extienda junto a la cabeza de un hombre abatido. Pérez-Reverte se vincula a Somerset Maugham, a Graham Greene, a Ambler y a Chandler, pero su Falcó también trae los aromas y la amenidad de esas películas de espías de *smoking* y en blanco negro donde el malvado solía ser Peter Lorre y sólo Humphrey Bogart se mostraba capaz de batir las plusmarcas sexuales de Falcó, de quien llegamos a saber incluso qué técnicas mentales usa para retrasar la eyaculación.

También llama la atención una apuesta arriesgada de Pérez-Reverte, la de situar a su personaje en el bando nacional. No sólo para completarle esa maldad redimida por el encanto, sino, también, para desafiar intelectualmente el maniqueísmo primario en esa España que sólo sabe expresarse «con tuits» y que trata de borrar del relato la correspondencia de la crueldad. Existe, también, la reflexión genérica, atemporal, acerca de la guerra: «He conocido Falcós para quienes quitar una vida no supone ningún problema, que torturan y salen un momento a tomarse un vino». Según el autor, el *Guernica* no supo contar la guerra porque Picasso jamás la vio. A diferencia de Goya.

Para el final hemos guardado la auténtica aberración imperdonable que contiene esta novela: Hemingway recibe una paliza. «Tengo cuentas pendientes con él», dice Pérez-Reverte, quien no le perdona la fanfarronería. Esto, querido Arturo, era para haberlo resuelto en el ring, siempre que los asaltos no los cronometrara Scott Fitzgerald.

